





DEL OTRO LADO
DE LAS CHACRAS



Miguel Montoya

DEL OTRO LADO
DE LAS CHACRAS



Primera edición: septiembre 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Montoya

ISBN: 978-84-17548-24-7

ISBN digital: 978-84-17548-25-4

Depósito legal: M-27995-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi Madre
que me enseñó la
vitalidad de leer.*

A Alicia, mi compañera de toda la vida.



Capítulo 1

Lo que menos podría haberme supuesto, al levantarme, es que hoy analizaría los personajes de la calle Obregón. Necesitaba encontrarme con Peralta para que mirara mis cuadros y me tramitara la exposición.

«Calle Obregón» o «calle de los Extremos», nadie sabía ciertamente por qué llevaba ese segundo nombre. Algunos decían «seguramente, antojo de la toponimia popular».

Tal vez por las putas y los jubilados que habitaban los cafés de la cuadra del edificio de tribunales, o tal vez porque en la vereda de uno de sus viejos edificios con departamentos murió Abelardo Ramírez, profesor universitario, mientras hacía una huelga de hambre porque la gendarmería le quemó los libros. Profesor emérito, autor de libros, existencialista y ateo; de eso hablaba en el café... con sus amigos y con sus alumnos que le decían «Maestro Ramírez», crítico, agudo y apasionado que no quería dejar de dictar clases, «para no quedar afuera», como él decía.

La barbarie de los milicos y un ataque al corazón lo mataron en la década del setenta, y quedó como señal de esa geografía urbana y de la memoria colectiva de la ciudad... al menos de esta parte de la ciudad.

En ese sector, la calle era «la cuadra de Abelardo Ramírez», o «la cuadra del Profesor Ramírez».

A mí me daba más por asociar «la calle de los Extremos» con esto del Profesor Ramírez.

Por aquel entonces, amanecer vivo era un cruzar a tientas por los extremos; donde ya no es posible exagerar, donde los fuegos se

alimentan con libros y ni la aparente tranquilidad de los jubilados ni la simulada seducción de las prostitutas podrían haber conformado la intimidad de algún lugar. No había Lugares, tal vez era una calle sin Lugares, como otras tantas calles, o tal vez en los extremos, que por entonces definían las calles no eran posibles los Lugares.

Aquella fue una tremenda época sin espacios con transferencias. O, mejor dicho, espacios donde la transferencia de sueños, de cariño, de conceptos, de tradición, de la Palabra, era castigada con la muerte.

Me senté donde más me gustaba hacerlo siempre, junto a la ventana más grande del bar; la intimidad de su interior y frente a una calle con tan poco tránsito de autos, me dejaban el resto de la ciudad para mis apuntes... eso es lo que me suponía. Todo eso me familiarizaba con mi «sí-mismo». Todo eso conformaba mi identidad. Pintar, escribir... escribir fundamentalmente, para no morir aplastado por la liviandad de tanto peso.

Escribir... como un fragmento de mi identidad, como el fragmento más importante de mi identidad... y que necesito vivir con la misma pertenencia de mis utopías.

¡¡Epa!!... Al café que ya se enfrió solo le di un sorbo... Me quedé pensando en mí... otro Peralta... otro Abelardo Ramírez... bueno, otro habitante de la calle Obregón...

Y... sí, yo soy un habitante de la calle Obregón, como tantos otros. Unos que conozco y otros que no, bueno que no se cómo se llaman, ni que hacen, ni que los emociona... pero los veo ocupar sus lugares, casi siempre los mismos, como si eso fuese necesario para que se haga el lugar que yo ocupé en el bar, en los kioscos de los diarios, en la librería. Por ahí andamos casi siempre. «Casi siempre», no como costumbre, sino como una habitualidad que resalta, que se expone en esa calle... «calle de los Extremos»; en esa zona de la ciudad más que en otras.

La tarde ya insinuaba que se recogía, esperaba unos dos o tres rayos del sol que se filtraban por entre los pinos de la placita de

enfrente, que se habían prendido de la pared del costado de la vieja sastrería en que terminaba la cuadra que daba frente a mi ventana.

Tarde a tarde, parecía que se esforzaban por llevarse la humedad vieja, propia de la pared y del paisaje de la cuadra, que con otras humedades se renovaban por las noches, porfiadas.

Las luces comenzaban a colgarse de los primeros bosquejos de la oración, con la misma lentitud de la incandescencia del gas de mercurio de las farolas de la calle.

«La hora de la oración», el tramo más pesado de la tarde que trae depresiones, angustias, tristezas dolorosas; tal ves algunos de los dolores de la Existencia de los que hablaba el Maestro Ramírez.

También este tramo del día puede atravesarse de manera más amable, sin dolor, tal vez por los rasgos de la salubridad de la Existencia, de esos que, también explicaba el Maestro Ramírez.

«La hora de la oración»; cuando estoy en mi casa, es la hora de prender las luces.

Los jubilados que se vuelven, y en contra: las putas y otros transeúntes que se van haciendo tales, con la complicidad de la noche.

De esas noches sin memoria, repletas de argumentos, que si no se anotan se disipan. De esas noches que se ponen eróticas para los amantes o que les permiten usar su oscuridad a los rateros que merodean la feria o la terminal en búsqueda de una pequeña oferta miserable.

La misma que tiene sensibilidad para los que la van a habitar, por primera vez, para hacer el amor. Para los que van a embriagarse para darle sentido a cualquier festejo.

Esa misma noche que también arrinconca la tristeza debajo de la luz mortecina de algún hospital.

La misma que en otros tiempos, inocentemente, también se hizo socia, lamentablemente socia, de la impunidad de los torturadores.

Un mundo puede construirse durante la noche y un mundo puede construirse en la noche. Sus moradores pueden nacer con las primeras luces artificiales o morir antes de que salga el sol...

Aunque, eso: «sin memoria»... pareciera que la noche no acumula los fastidios ni los placeres. Cuando la tarde se oscurece, la noche amanece vacía, limpia, como recién bañada, con espacios para ser ocupados y silencios para ser hablados. Algunos espacios sangran con los atropellos y algunos silencios se violan con la vacuidad de las palabras, y eso sí que se va amontonando, amontonándose con habilidad para ocultarse.

Mi último café antes de encontrarme con Peralta, que apareció sentado frente a mí, limpiando sus lentes con la punta de la falda de su camisa blanca, como esperando que yo terminara algo. Le daba aliento a los vidrios, lentamente, los empañaba y con una paciencia similar, los refregaba con la punta de la camisa.

No lo vi entrar, ni escuché que me hablara. Reímos juntos, de nada, sin palabras o de todo... «El algo», que esperara mientras limpiaba los lentes.

«Reír sin palabras»... tal vez no hagan falta las palabras para reír.

Caminar sin tener que llegar a alguna parte y reír sin palabras, son dos cosas que me gusta hacer... en mí es una manifestación de que estoy bien, tranquilo... que he podido romper o al menos debilitar las tensiones que me hacen dependiente... que me causan dolor de la Existencia.

Caminamos, rumbo al taller donde hago mis cuadros, a mi casa, a unas cuadras de la calle Obregón. Cuadras, silenciosas, que me gusta caminarlas, me proporcionan datos, figuras, sensaciones.

Si alguien nos hubiera mirado desde la puerta del bar, podría haber pensado, con claridad, que nos fuimos achicando, para meternos lentamente en las sombras iniciales, pero que ya tenían el carácter definitivo de la noche.

Arreglamos a medias, mientras caminábamos; mañana volvería por el café con la puntualidad que él decía que lo caracterizaba... A él le gustaban mis cuadros.

Decía que podía, y le gustaba hablar de mis cuadros; que esa realidad construida donde yo buscaba la realización de mis Deseos, a él le permitía realizar los suyos. Anunciaba emociones para

mis azules, solía decirme que en cada pincelada del azul íbamos a medias.

Peralta no era un crítico, era un cómplice, él decía que era un transmutador, un alquimista de la pintura, de algunas pinturas, porque él podía hacer oral lo que yo pintaba.

Peralta era un tipo sensible, un pintor que no pintaba, un poeta que a veces escribía, un tipo con mística para la vida.

La sed de la siesta ya se había llevado el viento, el de todos los días, y la soledad de las calles, la de casi todos los días. La que volvería con la rutina de mañana. Con la misma carga para los cajeros de los bancos y para los empleados estatales y tal vez con un poco menos para el panchero de la plaza Julieta.

A esa hora las calles comenzaban a transitarse unas a otras como si se superpusieran, prestándose los transeúntes. Desde los buscadores de oro, hasta los jóvenes que tienen más tiempo y se detienen... que se detienen porque sí. Los poetas clandestinos, las contradicciones expuestas, las putas discretas y las señoritas pudorosas, los colegiales juguetones y aun, los solitarios, que transitan, que solo transitan, esos que buscan miles de rostros que no los miren, para sentirse ciudadanos.

Los veranos son muy fuertes en esta parte del país, muy lejos del mar y muy cerca de la montaña; los inviernos también son muy fuertes.

Aunque, en todo el país hubo años con estaciones muy duras y noches con bastante soledad.

Por un costado de la calle Obregón, acomodándose con las siluetas pequeñas de las primeras sombras del sol dentro, se fragmentaba una oscuridad aún incipiente. Esas que son, entre que el sol se pone y se encienden las luces de la calle.

Por ese mismo costado, un hombre se acercaba... lentamente o se alejaba... solo él lo sabría, seguramente. Yo, de lejos solo podía describir una silueta, entre otras que no me llamaban la atención.

Seguro que no era Peralta, el de anoche; en quien vengo poniendo atención estos últimos días, será al menos hasta que pueda definir la muestra.

Bueno, no suelo poner tanta atención en los transeúntes que cruzan mi ventana. A veces, en los que se proponen o se ofrecen a transformarse en algún texto.

Ese hombre a esta hora, me animaba en mi imaginación describir una inhabitualidad para estas calles, para estas referencias a la cotidianeidad de siluetas casi conocidas, locales.

Tal vez atendí que llegaba porque era la única figura humana que se movía dentro del cuadro de la ventana; sentí que se asociaba a mi intimidad, a esa unidad de los ruidos y silencios de adentro y a mis pensamientos que por momentos iban por dentro de las calles, hasta esa figura o más allá de ella.

Por ahí, con una continuidad que definía mi atención, cruzaba ese hombre.

Lo que no podía intuir es que caminaba en alguna dirección que le permitiera encontrar algo, encontrarse con algo o que buscaba construir alguna dirección en la inmediatez de sus pasos o que, tal vez, caminaría por alguna de las direcciones de su propia búsqueda que, por propia, yo no podría intuir.

Caminaba lentamente, pero sin cansancio, como si por encargo arrastrara media humanidad entre sus manos.

Aunque llevaba una vacía y en la otra una valija o bolso pequeño, esas de venir por pocos días o de cuadernos y unos libros, con unas camisas y una muda, como se decía cuando yo era niño. Y colgando en el hombro izquierdo, esos bolsitos comunes a sociólogos, escritores, psicoanalista... y otros intelectuales. Donde, seguro, que sí llevan un libro.

Por momentos parecía que todo se movía a causa de él, y por trechos que la calle se movía ignorándolo.

Tal vez sería uno más de los buscadores de oro o un solitario de esa hora, de los que pertenecen al ocaso, o un poeta buscando frases para algún poema sin terminar.

En la cuadra se paró varias veces para cambiar de mano y de hombro los bultos, quizás porque le pesaban o como una excusa para detenerse.

Peralta no llegó, como otras veces.

Tantas necesidades, para seis hijos, su honestidad y los gastos de su mujer, hacían que el día no le alcanzara.

Él podía concretar mi exposición, no desatender un puesto de ropa barata que tenía en una feria a la entrada de la ciudad o vender pasajes a París.

Las últimas políticas del gobierno ofertaban ropa barata, de afuera y pasajes de ida al exterior.

Terminé de revisar mis apuntes, los primeros renglones de un cuento, y concluí para hablarle por teléfono a Peralta.

Cuando levanté la vista observé muy cerca, otra de las postas de descanso de ese alguien que venía por la calle Obregón. Y frente a mi cara, la suya, nos separaba las miradas una hoja con los precios del bar, pegada en el vidrio de la ventana. Revisó dos o tres veces la lista como si intentara memorizarla.

El hombre que terminaba de cruzar la cuadra de Abelardo Ramírez, tal vez no buscaba comer barato, solo quería conocer algo de la intimidación social de la ciudad o al menos de esta parte. Digo esto, porque tuve la sensación que sus movimientos eran con tal comodidad... bueno, yo nunca lo había visto por el lugar ni en el café, tal vez viniese de uno de los pueblos, desde los que hay que venir a hacer trámites a la ciudad.

Este es un costado de la zona comercial, tiene mucho menos tránsito que el microcentro de la ciudad; aún es un sector bastante residencial, al menos por encima de las plantas bajas, y con algunas casas que se fueron acomodando a la última urbanización.

Tribunales, enfrente el café de los abogados y dos más, cada uno con su clientela casi definida, a la vuelta la librería más importante para los intelectuales, enfrente un taller de arte y una librería con un buen surtido de oleos, pinceles y los elementos para los estudiantes de arquitectura.

En una esquina el café donde estoy y frente a la ventana, donde me gusta sentarme, toda la cuadra de la calle Obregón donde está la casa del Maestro Ramírez, como en diagonal. Un gris verdoso,

como el cemento, dos escalones de mármol muy gastados, una puerta de entrada muy alta, de esas que ya no se hacen, madera muy gruesa y unas agarraderas horizontales amplias de bronce, con un golpeador manual, también de bronce en la parte superior de la hoja izquierda, para que al visitante le quede a la derecha, arriba para que no lo alcancen los niños.

Ahora, ahí vive una hija casada que tiene dos hijos, niños, y un hermano mayor que ella, soltero que como Abelardo, es profesor de la Universidad Nacional.

Hombre joven, cuarenta y pico, con dos o tres arrugas de esas que son comunes a cuando se llora o se ríe por cosas parecidas. Dos o tres, como de una descomposición de alguna infinidad de sueños.

Subió los dos escalones de la entrada y apoyó la valija contra la puerta abierta, como si hubiesen convenido que tendría que esperararlo mientras volvía del baño.

Después eligió la mesa con la luz más cercana, se puso en la falda su bolso pequeño... o cartera de colgarse y lo hurgó como queriendo ordenar algunos papeles y unos cuadernos.

Pareció que no vio a las seis o siete personas que estábamos en el bar. Mientras movía sus manos, parecía murmurar, como si le contara algún secreto a una persona que no veíamos. Como si se describiese para él el lugar, mientras anotaba en un cuaderno de tapas negras.

Quizás apuntaría las ausencias de la calle, que a esta hora dejaban de ser tales o tal vez repasaría las de la estación, a la que terminaba de llegar. Y en la que comenzaban o comenzarían a multiplicarse las ausencias.

A esta ciudad no volaban los aviones desde la capital; había dos líneas de ómnibus hasta las cuatro de la tarde, al menos hasta hoy que se detenía el último tren de pasajeros, que entraba y salía de la ciudad.

Salí y caminé derecho por Obregón, por ahí me iría a la feria a buscar a Peralta.



Voy a exponer solo. El año pasado expusimos con un poeta amigo; mis cuadros y sus poemas. En sogas que cruzaban el salón colgamos las copias ampliadas de los poemas, con broches de madera, esos de la ropa. Durante un mes transitó muchísima gente por el salón; gente que nunca había visto, de cerca, un cuadro, ni había leído un poema, visitaron más de una o dos veces la muestra. Tuvo una apertura con lectura, vino tinto y amigos, hasta las primeras horas de la madrugada.

«La apertura es la muestra, después se queda; hasta aquella madrugada en que concluye el cierre con un vino que tiene que tener la intención o la voluntad de ser mejor que el primero». Esta es una consigna de Peralta; a quien voy a buscar antes de que cierren la feria.



Capítulo 2

El tren encaraba rasgando el chirrido agudo, el ruido desarticulado que se adelantaba unas cuantas cuabras multiplicándose por los rieles, por las señales, por el terraplén... haciendo sensible la condición de estación.

Atravesaba el ruido de las diez de la mañana y el ruido de las siete de la tarde, y al final de este, paraba el tren, crujiente. «Rezonando», solía decir un viejo señalero, siempre de pantalón, chaqueta y gorra gris, de gorra parecida a la de los carteros.

A unas cuantas cuabras de la estación, seguro que se escuchaba a alguien que decía: «llegó el porteño». La señal de algo... tal vez solo que ese alguien era del pueblo; el tren testificaba la identidad regional.

Las cañotas que habían crecido en el terraplén, denunciaban el deterioro de este y el tiempo que el ferrocarril llevaba en el descuido; además le daban testimonios a los que se quejaban por los obreros que hacía tiempo que se venían quedando sin trabajo.

Con esto hacían juego las hilachas de los asientos de la única clase y el no funcionamiento desde hace mucho tiempo del vagón comedor.

Después de la última curva se puso lerdo, pesado, como si los dos maquinistas y el guarda que componen la tripulación intentaran demorar, tener que llegar, y detenerse.

La estación estaba más vacía que otras que conocía, aunque bajaron unas diez o veinte personas, y algunos parientes de estas estaban en el andén.

Se tomó el tiempo que necesitaba para refregarse las manos con el pañuelo húmedo que llevaba en el bolsillo de la camisa, bajar los bultos y repararlos cuidadosamente como si fuese registrando que ahí llevaba todo.

En una valija y una cartera de esas que se cuelgan en el hombro. Se sacudió las mangas y cuidadosamente dobló a lo largo un diario que puso en el bolsillo derecho del saco.

Bajó de costado, lentamente, para que los bultos bajasen con él, sin engancharse en las puertas.

—Llevo todo... aquí llevo todo —pensó, repitiendo con un murmullo bajito.

Abajo, el guarda medio encorvado, con una mano acomodaba el pañuelo doblado debajo del cuello de la camisa y con la otra sostenía un cigarrillo que parecía no consumirse; asimétrico, desprolijo, de esos que se arman a mano, ahí, cuando te vienen las ganas de fumar.

—Usted es el último pasajero que baja en esta estación y de este tren. Mire, cuando el tren se mueva desde ahí hasta el galpón, inocentemente, se va a llevar mis casi cincuenta años de hacer lo mismo... pero con ganas, y bien hecho, no. Lo mejor que pude, siempre me gusto viajar en el tren, nunca me cansé, aunque iba y venía siempre por los mismos lugares... siempre distintos.

Lo peor que estos hijos de puta, no me jubilan porque esté viejo... aunque lo estoy, ni me echan por inservible, sino porque desde ahora ya no hay nada. Se acabaron los trenes, se acabó el ferrocarril... Se acabó el porteño... Se acabó mi trabajo.

Habían quedado solos los dos, muy cerca de la puerta del tren por donde bajan los maquinistas; la gente ya caminaba por el andén, deteniéndose aún por los abrazos y ante los pibes que tironeaban para llevarles las valijas.

—Se da cuenta mi amigo, llegamos juntos a la nada —insiste el guarda, ríe con tristeza—. Ahora soy el guarda de la nada—. ríe con dos o tres carcajadas secas, sin humor—. soy el guarda del apocalipsis... En realidad, ¡¡soy inservible!!...¿inservible?... La puta que los parió.

Chupó, profundamente y repetidamente, hasta que metió el último pedacito de cigarro entre los dedos, y sin darle tiempo al humo para que saliera totalmente de los pulmones, con la mirada brillante de unos ojos casi pequeños, casi celestes, apoyándola en la mirada de su interlocutor, dijo:

—Discúlpeme amigo por hacerlo participar de mi amargura.

—No tengo de que disculparlo, solo usted comprenda que yo también tengo derecho a amargarme por esto y por otras tantas cosas de las que no somos culpables ni responsables. Lo siento por su trabajo —digo—, lo siento por su indignación... aunque si consigue detenerse... bueno, cuando lo consiga, consigue una dignación... para la que va a contar, por buena, su edad.

Ya casi no quedaban pasajeros, tres o cuatro retrasados, cargaban perezosamente las valijas, como esperando algún taxi, que ya no había.

—Le agradezco señor... Qué va a hacer. Ahora voy a ver como hago para quedarme en la casa todos los días. Imagínese a esta edad; en la casa... Si mi casa fue el tren.

Pablo Bermúdez lo miró detenidamente, con lentitud, sin compasión... y después de unos segundos de silencio le hizo una pregunta:

—¿Si salgo de aquí por esa calle? —señalando con la cabeza, esperando que el guarda no necesitara más gestos para entenderlo—, ¿entro en la ciudad?

—Sí, por ahí entra; primero se llama Mariano Moreno y como a las seis o siete cuadras, después que cruza la avenida, se llama Obregón. Y gracias amigo... Qué le vaya bien.

Le dio un apretón de manos y se metió en una pieza de luz mortecina y piso crujiente, de madera gastada.

Pablo Bermúdez caminó unos pasos y se detuvo, lo buscó al guarda, con la mirada y le gritó:

—Eh amigo, espere...

El guarda sin los papeles en la mano, dio un paso más, afuera de la oficina.

—Amigo, espere... ¡La puta que los parió!, ¡la puta que los parió!
—gritó dos veces.

Rieron con carcajadas desiguales, idénticamente extendidas...
con convencimiento.

—Gracias... Si se queda por aquí, seguro que nos veremos.

Pablo cruzó las vías por delante del tren, que ya no crujía, ni tenía más ruido que el que le hacía el viento que entraba y salía por las ventanillas que habían quedado abiertas y por las que estaban cerradas y les faltaba los vidrios o el uso hacía que ya no se ajustaran al marco.

Se le antojó inmenso, muy grande, repleto de vida detenida... le pareció majestuoso, tranquilo.

Le asoció una imagen de caballos percherones que se detenían y que iban regularizando su agitación hasta quedar respirando el descanso... merecido, tranquilos.

Cruzó el molinete giratorio, de madera; por donde salían los pasajeros cuando no estaban los niños que jugaban en la estación, o a veces, donde jugaban los niños cuando no había pasajeros.

«¿Si salgo de aquí... entro en la ciudad?». La pregunta de Pablo Bermúdez, fue un pensamiento repetido, sobre una actitud que reiteraba desde hace mucho tiempo... seguramente que no sabe cuánto tiempo.

Como si se moviese, desde ese tiempo que ya no define, sobre una superposición excéntrica de círculos, dispuestos horizontalmente, donde simultáneamente uno representa el aquí y el próximo una ciudad.

«Si salgo de aquí... entro en la ciudad»; es la representación de la actitud incorporada, de ir saliendo críticamente, intencionalmente de las situaciones de encierro y de vulnerabilidad que de tanto en tanto lo apresaban... Ir cruzando... ir cruzando.

Puesto esto como pregunta por Pablo Bermúdez, para que sea respondido por el guarda, era fundamentalmente su voluntad de involucrarlo en su necesidad de cruzar.

A veces... le era necesario hacerse acompañar para cruzar.

El guarda ya había entrado a la pieza que parecía ser una oficina; desde afuera se veía el piso de madera, en listones que se hama-
caban con el peso del hombre, la luz triste de un pequeño foco
con pantalla que conformaba un pálido cono que caía pesadamen-
te sobre un mostrador alto, de madera, tan despintado como las
puertas.

Entre este edificio y la única posta que hizo Pablo, para acomodar sus bultos, un grupito de niños pateaba una pelota que podría ser de cuero o podría ser de media; dueños de esa galería que era lo más llano en el predio de la estación.

Pablo Bermúdez bajó los tres escalones de piedra y cruzó lo que en otras épocas pudo ser un estacionamiento; para subir la calle que lo haría entrar en la ciudad.

La Mariano Moreno, por la que entraba a la ciudad quince o veinte minutos después de haber salido de la estación, en cinco cuadras estaba dos veces cortada por reparaciones.

A esa hora, ya no andaban por ahí los municipales con sus máquinas que trabajaban desde las primeras horas del amanecer hasta la mitad de la tarde, en horario corrido.

Pablo, bajó la valija para cambiarla de mano y la cartera para cambiarla de hombro; en el segundo cruce con la segunda calle que tenía removida la capa de hormigón y puestas las balizas de precaución recién encendidas en la bocacalle.

Miró los dos tarros con aceite y las estopas que ardían silenciosamente, lánguidas, casi sin mecerse y sin variar la forma de su llama.

Cuando levantó la valija, un guante de obra, esos de carpa, rígidos, que a veces protegen las manos de la dureza de las herramientas, se había adherido al fondo y Pablo Bermúdez lo separó con el pie.

Se quedó inmóvil, observando alrededor, como si ese hubiese sido el sitio donde quería llegar. Con la mano izquierda sostenía la valija y del mismo hombro le colgaba la cartera, con la mano derecha apretaba la correa de esta a la altura de la axila; como

abrazándose, como protegiéndose y resguardando lo que tenía... al menos lo que tenía con él.

Se quedó ahí, al silencio lo cortaba el ruido de los autos por las calles adyacentes.

—¡Cuántas veces encendí tarros como esos! ¡Y cuántas veces puteando tuve que buscar un guante como este, y cuántas veces sin putear tuve que subirme nomás a la pala y meterle con las manos peladas!

Había levantado el guante y lo miraba, se lo mostraba con la mano del hombro donde no tenía el bolso, como si fuese una hoja en la que leyese lo que dijo para alguien que estaba muy cerca de él.

Hablaba bajito, mientras recordaba; o los recuerdos que tiene son desde hace tanto tiempo que ya se escuchan bajitos.

Mientras miraba el guante, calló el resto de lo que pudo haber dicho, y después de unos segundos, que se notaron, que demoraron sus movimientos, lo arrojó. Lo tiró de una manera prolija, como si pusiera empeño en hacerlo de una manera determinada; como si hubiese memorizado todo lo que podría decir después o todo lo que podría haber dicho antes de recoger el guante.

Lo arrojó, pero con la voluntad de acomodarlo, de no dañar algo que no era posible ver a pesar de las luces de la bocacalle.

Bajó la valija e inmediatamente la levantó y caminó.

El guante quedó sobre el montón de ripio donde ardía uno de los tarros con aceite.

Pasó dos veces la mano que sostuvo el guante, por la parte posterior de la pierna derecha, como limpiándose algún resto de arena o revisando alguna huella vieja y perdurable... o, dejándose en el cuerpo la sensación de los recuerdos.

Las luces comenzaban incipientes a encenderse en el costado izquierdo de la calle, unas farolas de brazos largos que alineaban los focos por el centro de la calzada, seguramente como parte de la obra nueva. En el costado derecho las lámparas no muy altas se escondían debajo de los árboles añosos, majestuosos, de frondosidad imponente en esa entrada a la calle Obregón.

Pero eso no importaba, porque las luces se le adelantaban a la oscuridad; y así la noche, para los transeúntes de la ciudad tenía un comienzo que iba desde las primeras luces artificiales a las primeras oscuridades de las calles sin iluminar.

La primera cuadra al salir de la estación, es una calle sin iluminar.

De este lado está lo que acentúa la asignación de «parte de debajo de la Mariano Moreno». Después del primer bar, apenas se sale de la estación, dos o tres hoteles que no simulan, en sus aspectos ni en sus anuncios, tener alguna estrella de confort. Al menos con la humedad de antaño que tienen las paredes del frente y con al menos el par de putas apostadas en las puertas que les susurran a los transeúntes cuánto cobran; cuánto les costaría en la parte de debajo de la Mariano Moreno, un polvo que les cambiaría la vida.

Después, según el humo, atravesando cada puerta es sencillo saber que se puede comer en las fondas; hasta que el olor a chorizo y a aceite barato se disipa dos o tres cuadras antes de subir a la avenida.

La Mariano Moreno es una de las calles en subida o en bajada, que tiene la ciudad. Esta es en subida, por el sentido de circulación. Se empina desde el bar de la estación, bar «El Abrazo», hasta una florería, una cuadra antes de la avenida Alberdi.

Se decía por ahí que los borrachos del Abrazo no llegaban a la Alberdi; que la topografía le jugaba a favor al aspecto social de la ciudad, que los mamados solo podían salir por la parte de atrás de la estación y ahí caminar por la «diagonal de las tertulias».

Había en esas cuadras unos cuantos carros con hamburguesas y chorizos, que se distribuían la parquización de las banquetas, anchas y cuidadas por los mismos comerciantes. La calle era una semipeatonal, bien iluminada y con un bulevar lleno de malvones.

En la parte más alta de la Mariano Moreno, donde esta se termina para que pase en ambos sentidos la Alberdi, marcando un límite en la ciudad. Ahí ya había hoteles de otra categoría, no había putas en las puertas y si las había se llamaban «damas de compañía». Esto

es solo un supuesto, el aspecto de tranquilidad y la limpieza de la zona eran acogedores. Aunque abajo también lo era.

Bueno... desde media cuadra antes de llegar, estaba «la florería de arriba», una cooperativa de las familias que vivían del otro lado del río, en las afueras de la ciudad.

Una especie de galería semicubierta, por donde obligadamente se camina, porque es la vereda. Sin ánimo de molestar, pero sí de que se camine despacio y si es posible mirando lo que se expone. Unos cuantos baldes de colores, con ramos adornados de celofán y hojas verdes, y unas cuantas mujeres que te explican de qué clase son las flores, cómo las cultivan y para qué sirven.

Casi no se pasa sin comprar, aunque sea una y aunque no se tenga a quién llevársela.

Nunca me gustaron las flores cortadas de las plantas, tienen un aroma en los jardines y tienen otro olor en los velorios. Aún en los floreros de cumpleaños y de casamientos son solo una apariencia, un color, un artificio, no manifiestan la vida.

Pablo Bermúdez, también se detuvo y caminó por dentro con atención, no solo pasando; compró una rosa roja, fuerte, repleta de gotitas cristalinas que le multiplicaban el color y le asociaban un brillo dividido en miles de brillos independientes.

Ahora, llevaba las dos manos ocupadas, se la llevó sin envolver y como si hubiese tenido mucho interés en comprarla. Llegó a la puerta, a la arcada en que terminaba la galería, bajó la valija de su mano izquierda y se detuvo sosteniendo frente a su cara la rosa, como asistiendo a tanta belleza, la hacía girar y la tocaba con delicadeza como si la comparara con algo.

¿Alguna vez, algún tipo le habrá llevado un ramito de flores o una flor, a una puta del bajo? Una flor que concentra tanta belleza; ¡un poema y una flor para una prostituta! ... Oliverio... Y, realmente me gustaban los poemas y las putas... las putas y los poemas, como en «El lado oscuro del corazón», donde el comercio y la profesión desaparecen frente al placer, frente a ese amor que se hace de la penumbra, del alcohol y de ese creer que solo se sostiene con el cuerpo.

Esto también se define en el bajo; en la soledad que es más pesada que el aire y por eso se deposita en la parte de debajo de la Mariano Moreno.

Demorarse en un hotel del bajo; sin apuros, decididamente bien. Después lavarse las manos para no ensuciar el sanguche de mortadela o de jamón glasé, para que el olor y esa humedad parásita en las manos no altere el aroma del vino tinto o le meta otro sabor al agua mineral.

Sí... Demorarse en un hotel del bajo, pero no con cualquier mujer, sino con una de aquellas mujeres... para poner la soledad en espera, a cambio de tantos subterfugios del amor... alquilado, convenido por un tiempo.

Pero cuando la noche, una botella, las palabras, un poema de Mario Benedetti, dos estrofas de regalo escritas en una servilleta hacen del encuentro, un encuentro, una expectativa, como un juego de horas convencidas... tiene que ver con ambos.

Perfumarse permanentemente con estas mezclas reconstituyentes para no envejecer... para no envejecer.

Los poemas, las putas y las mezclas reconstituyentes son anteriores a mí y en mí. Yo soy anterior a los poemas, las putas y las mezclas reconstituyentes.

Pablo Bermúdez dejó la flor y un billete de dos pesos, en la mano extendida de un viejo que, sentado en un umbral, pedía limosna, del otro lado de la avenida.